



veintisiete**letras**

DOSSIER DE PRENSA

LA TIERRA DEL BREVE PIE. Los viajeros contemplan a la mujer española,
de **JOSÉ MARÍA SOLÉ**

FICHA TÉCNICA

Título: La tierra del breve pie
Subtítulo: Los viajeros contemplan a la mujer española
Autor: José María Solé
Colección: In/mediaciones
Editorial: Veintisiete Letras

Fecha de publicación: 26 noviembre 2007
Formato: rústica, 15 x 23 cm
Páginas: 296
ISBN: 978-84-935969-6-5
PVP.: 21 €



PRENSA

María Moreno prensa@veintisieteletras.com
Tel.: 00 34 91376 4101 / 629614488
Veintisiete Letras www.veintisieteletras.com
Mirador de la Reina, 85 - 28035 Madrid

DISTRIBUCIÓN EN EXCLUSIVA PARA ESPAÑA

UDL Libros www.udllibros.com
Tel. 917481190 info@udllibros.com
Belfast, °15. Polígono de las Mercedes - 28022 Madrid



La obra

La tierra del breve pie Los viajeros contemplan a la mujer española

Vinieron hasta aquí cruzando los Pirineos o tras desembarcar en algún puerto de nuestra costa. Unos buscaban la aventura por tierras incógnitas; otros perseguían un ideal de pureza y costumbres aún feraces; algunos creyeron que encontrarían la belleza incomparable. Diplomáticos, banqueros, poetas, eclesiásticos, militares, moralistas o licenciosos, viajeras y mujeres de letras recorrieron el país y escribieron sus impresiones. Todo ese **material literario** forma un corpus de gran envergadura y **extraordinario valor cultural**.

De Vizcaya a Cádiz, Badajoz o Valencia, pasando por Madrid, Sevilla y Barcelona, **la mujer ocupa un lugar singular** en la mirada de quienes nos visitaron. **Desde la misoginia al asombro, de la curiosidad al deslumbramiento, casi ninguno quedó indiferente.** Esta obra recoge lo más granado de las observaciones que hicieron Marcial o Plinio, en la antigüedad, personajes anónimos a lo largo del tiempo, y otros tan renombrados como Saint-Simon, Casanova, Byron o Dumas. Registraron actitudes, costumbres, rasgos del carácter de las españolas; pensaron la naturaleza humana; idealizaron o inventaron lo que no comprendían. Su testimonio es una luz novedosa y sorprendente para nosotros y la imagen que configuramos de nuestra identidad.

«Son tan fuertes como los hombres», Estrabón.

«Son bellas, de grandes ojos negros y atractivas formas», Lord Byron.

«Son descaradas, presuntuosas y molestas», Cardenal Borghese.

«Con su mudo abanico, la española puede expresar más que Paganini con su arco», Richard Ford.

«Tienen una singular afición por el adorno», Jean-François Peyron.

«Las cantantes y las cigarreras caminan como reinas», María Bashkirtseff.

«De deseos ardientes, están dispuestas a entregarse a todas las artimañas», Giacomo Casanova.

«Son muy poco instruidas, pero poseen un talento natural», Charles Scott.

«Tienen el talle fino y airoso; el pie muy pequeño y, en días de fiesta, primorosamente calzado», George Sand.

«A su belleza natural unen ese arte de andar y mirar que arrebató la mente. Se deslizan, huyen, casi ondean», Edmundo D'Amicis.

«No muestran la frivolidad de las mujeres de otros países», Maximiliano de Habsburgo.

«En sus palabras latinas, ¿no expresarán su alma oriental?», Maurice Barrès.



A modo de introducción, por **José María Solé** (texto incluido en el libro)

Vinieron hasta aquí atravesando la barrera de los Pirineos o desembarcando en algún puerto cantábrico, atlántico o mediterráneo. Los impulsaban su propia voluntad o el cumplimiento de una misión. Sus intereses podían ser muchos y altamente variados. Unos veían en estas tierras, periféricas y muy alejadas del corazón del continente, un misterioso espacio que descubrir y explorar; otros esperaban encontrarse con unos territorios con fama de hallarse sumidos en formas de vida primitivas y aun salvajes, que les depararían emociones, sorpresas y, ¿por qué no? el posible disfrute añadido de algún riesgo medido y controlado. Para un notable número de ellos, fue España un atrayente cuerpo de estudio, mientras que muchos veían en estas latitudes un espacio único, todavía poseedor de valores y costumbres idealizadas y, por ello, añoradas. Algunos no podrían negar que era el cumplimiento de muy íntimos y no confesados deseos lo que les arrastraba hasta aquí. Tampoco faltaron muy notables casos de declarados buscadores de la más abierta y válida fascinación estética.

Quienes cumplían **misiones diplomáticas** ante los soberanos de cada momento obtenían y transmitían una visión del país tomada desde arriba y, por ello, sin duda poco ilustradora de una realidad masiva. El paso del tiempo iría acercando a estos voluntariosos personajes hasta los ámbitos de lo que ha pasado a denominarse vida cotidiana. Si el Renacimiento abundaba en **testimonios de embajadores**, y los palacios, fiestas y actos protocolarios son sus referencias espaciales, el **racionalismo ilustrado dieciochesco** encontraría aquí un filón aparentemente inagotable, lanzando a un gran contingente de descriptores y analistas, decididamente fríos y neutros observadores de una realidad que, en sus textos, en ocasiones incluso no parece hallarse poblada por seres humanos.

Pero el momento de la insaciable voracidad estaba todavía por llegar, aunque se anunciaba de forma evidente y lo hizo a golpe de sentimiento, sensación y emoción, hirviente volcán que la **era de las revoluciones** destapaba de forma aparentemente incontrolable y que tendría en el **arrebato romántico** su más perfecta y, como tal, espectacular, descabellada e irracional expresión. España, celosamente sumida en su tan tópico como real atraso, serviría como verdadera reserva europea para todos aquellos sentimentales que, cuando el mundo respiraba ya con los aires nuevos de la modernidad, seguían empeñados en buscar imágenes y vivencias de tiempos ya idos sin posible remisión.

Una tendencia que el país estaría condenado a arrastrar hasta el día de hoy, una imagen de la que muchos han extraído indudables beneficios pero que cada vez se adecuaba menos a la realidad dominante. Unas pretendidas diferencias insalvables que irían demostrándose en su mayor parte falsas pero que todavía disfrutarían de un largo aliento en muchas mentes. Prueba material de todo ello es el muy abundante material literario generado a lo largo de los siglos por los **europeos de todas las procedencias** que visitaron las tierras de España y que constituye un **corpus cultural de gran envergadura y valor documental**. Un ingente volumen de información que va mucho más allá de su posible —y siempre



necesario— cuestionamiento, como producto en muchos casos de prejuicios derivados de la propia naturaleza de sus autores.

Al lado de los productos de la historiografía tradicional, cuyos rigurosos planteamientos académicos imponen unos límites tan estrictos como necesarios, **la visión del viajero realiza una aportación al conocimiento de nuestro pasado que en verdad no tiene precio.** Material tan rico y con tantas posibilidades ha sido estudiado desde hace décadas desde muchas perspectivas; podría incluso afirmarse que desde casi todas las posibles. Y, en una significativa mayoría de los casos, se ha visto convertido en opulenta materia de laboratorio, de inacabable cuerpo susceptible de ser diseccionado y, a continuación, examinado de forma exhaustiva. Operaciones realizadas, en una muy elevada proporción, sobre ideas de análisis totalmente personalizadas por sus autores, derivadas de posiciones personales o insertas en escuelas o tendencias dominantes en cada momento. Con ello, la principal víctima y, a la vez, el mayor perdedor venía a ser siempre la objetividad, pretendida meta de cualquier estudio de esta clase.

El **ámbito femenino**, que supone en todos los casos la mitad del total de la población, fue en este aspecto, y como resulta lógico, objeto de muy variadas formas de atención. Desde la voluntaria **omisión** y la abierta **misoginia**, pasando por su neutra consideración como elemento social de interés, hasta alcanzar la **adoración** y el **deslumbramiento** frutos del sentimentalismo al uso. Todo un conjunto que, al tiempo que es compendio de opiniones y visiones, sirve también por sí mismo como **expresivo documento de la evolución del pensamiento europeo acerca de la cuestión.**

El volumen que el lector tiene en sus manos es producto de una idea que, ante todo, ha querido mantenerse alejada de forma muy expresa de cualquier pretensión teorizante de clave académica. El recopilador se ha dedicado a buscar, reunir y, por último, dar cohesión a una serie de testimonios que, por encima de todo, sirviesen como material informativo. En estas páginas quienes hablan son los viajeros y nadie más que ellos. Los textos que en su momento elaboraron y dieron a la imprenta son más que suficientes para suscitar el interés o, en su caso, la curiosidad de quien a día de hoy se aproxime a ellos.

No hay, pues, interpretaciones de ninguna clase, que ya existen en verdad más que abundantes. Desde las primeras aportaciones textuales, envueltas en la vaga niebla que une historia y leyenda, hasta el fin del siglo XIX, cuando España se lanza a la ruptura de la modernidad, van sucediéndose estos **testimonios, de tan múltiple carácter como variada es la naturaleza humana.** La realidad que, en cada momento, eran España y sus pobladoras se presentaba ante ellos. En los libros que editaron en sus respectivos momentos, sus respuestas a esta visión quedaban inscritas para la posteridad. Sin añadidos adulteradores ni interpretaciones interesadas, dejemos que sean ellos mismos quienes hablen.



Un paseo por la geografía...

«Corren rumores acerca de que en **Galicia, Portugal, Andalucía, Vizcaya** y otros, el bello sexo tiene muy relajadas costumbres y que resulta muy extraño poder hallar alguna joven adornada de virtudes... además, para satisfacer su avaricia, que es muy fuerte, se entregan a todo lo que se desea de ellas... El lunes, festividad de San Antonio del año 1485, llegué a **Barcelona**. Si pueden hallarse mujeres hermosas en todos los lugares de España, es bien cierto que hay aquí más que en cualquier otro», [Nikolaus von POPIELOWO](#), noble centroeuropeo, originario de Silesia y gran viajero, que entró en tierras hispanas por Galicia en el verano de 1484 y atravesó la Península para salir por la frontera catalana.

«Termino diciendo que las **castellanas** gustan poco o nada de gente de ropa larga; lo que les gusta son plumas y más plumas, regalos, paseos, coches y galas; que la libertad y soltura en que se crían las hacen aborrecer las estrecheces de la religión», [Bartolomé PINHEIR DA VEGA](#), noble, catedrático en Leyes de la Universidad de Coimbra y procurador de la corona portuguesa, en Valladolid entre 1601 y 1606.



«Quienes dicen que Europa tiene la forma de una mujer sentada afirman que el reino de España es la cabeza, tal vez la parte más estéril y la peor, como es en la mujer... Aman, como es lógico, a los jóvenes... Las de **Valencia, Sevilla y Toledo** son bellas y tienen buen humor», un tal [A. JOUVIN](#), en *El viajero de Europa*, París, 1672.

«Mi banquero me dijo que cuando estas jóvenes **vizcaínas** se irritan, son más feroces y más peligrosas que cachorros de león...», [Madame D'AULNOY](#), noble francesa, popular escritora de cuentos de hadas, que viajó por España entre los convulsos años 1679 y 1681.

«El baile es aquí absolutamente desconocido... porque no puedo honrar con ese nombre a los grotescos movimientos, a menudo indecentes, de las danzas **granadinas** y moriscas que hacen las delicias del pueblo», [Pierre-Augustin Caron de BEAUMARCHAIS](#), célebre dramaturgo francés y futuro autor de obras con ambiente español, como *El barbero de Sevilla* o *Las bodas de Fígaro*, quien viajó por España a mediados del siglo XVIII.

«Las mentes de los hombres de este país están limitadas por una infinita serie de prejuicios, mientras que las de las mujeres son bastante liberales en general. Sin embargo, tanto los unos como las otras están sujetos a pasiones y deseos tan ardientes como el aire que respiran», [Giacomo CASANOVA](#), quien, entre 1767 y 1768, pasó una temporada en España.

«**La Mancha** es el país más alegre de España... Los habitantes son amables, aman el baile y la música; las mujeres son altas, esbeltas y bonitas», [Jean-François PEYRON](#), diplomático nacido en Provenza, entre 1772 y 1773.

DOSSIER DE PRENSA

JOSÉ MARÍA SOLÉ, *La tierra del breve pie. Los viajeros contemplan a la mujer española*. Veintisiete Letras, Madrid, noviembre 2007



«Me ha dejado asombrado la libertad de costumbres que existe, muy habitual en **Andalucía**. También he podido comprobar que la reserva y la timidez no son características de las españolas, que en general son bellas, de grandes ojos negros y atractivas formas. La mayor ha honrado a vuestro hijo con especial atención. Al partir me besó con ternura (me hospedé allí tres días) y después de cortar un rizo de mi cabello, me dio otro suyo de casi un metro de largo que te envío y te ruego conserves hasta mi regreso. Las últimas palabras de doña Josefa fueron: «Adiós, hermoso, me has gustado mucho» [sic].



Me ofreció también compartir su habitación, oferta que mi virtud me indujo a rechazar y entonces ella, riéndose, me preguntó si tenía alguna «amante» [sic] inglesa. Igualmente me comentó que pronto se casaría con un oficial del ejército español», **Lord BYRON**, en una carta a su madre. En 1809, viaja por la Península, sin importarle la guerra. Toda la vida guardaría amorosamente el poeta el rizo de la sevillana...

En la ciudad fronteriza de **Badajoz**, «los grandes ojos negros, la oscura y expresiva mirada y el suave matiz de la sangre en su viva tez aceitunada obligan a reconocer a un inglés la majestad de la belleza española, sintiendo que, aunque los suaves ojos azules y la delicada ternura de sus propias compatriotas despierten en uno los más tiernos sentimientos, no podría negar o en vano disputaría en vano la abrumadora superioridad de estas bien formadas damiselas de ojos oscuros», capitán **Joseph SHERER**, durante la Guerra de Independencia.

«El amor significa normalmente pasión y, en muy pocas ocasiones, sentimiento, pues no existe gente menos sentimental que ésta». La **española** «en todo momento es una hembra y ni un instante olvida su sexo, aun permitiendo que lo olvide quien se encuentra ante de ella...», **George DENNIS**, en 1836, gran amante de España y traductor de la Crónica del Cid.

«Si la belleza femenina se compone de ojos espléndidos y formas graciosas, entonces las sevillanas son guapísimas. El paso y el andar de la **andaluza** son todavía más notables que los de la castellana, pero muestran unos meneos que en Inglaterra no se considerarían muy decorosos. La misma opinión me expresó en Barcelona una señora francesa a quien yo hice notar que las españolas andaban très bien; trop bien, me contestó ella...» **Henry INGLIS**, periodista escocés y gran viajero, autor de *España en 1830*.

«Las **españolas**, como las orientales, son grandes consumidoras de dulces, con gran perjuicio para sus dientes, estómagos y cutis... Voy a describirle lo mejor que pueda a las princesas españolas. En general, entre las virtudes de las que el cielo las ha dotado, hay que concederles la de una gran simplicidad... Las **valencianas**, sobre todo las de clase media y alta de la capital, no son ni mucho menos tan oscuras de tez como los hombres. Al igual que Lucrecia Borgia, son bellas y falsas. Están singularmente bien formadas y se encuentran entre las más bonitas y fascinantes de toda España», **Richard FORD**, aristócrata inglés de sólida formación universitaria en Oxford, quien, entre 1830 y 1833 vivió con su familia en nuestro país. Es autor del magistral *Manual para viajeros por España*, que ofrece sistemática información de la mayor parte de sus regiones.



«De cada cuatro **madrileñas**, hay tres bonitas», [Théophile GAUTIER](#), consagrado literato francés, quien en 1840 inicia un viaje de cinco meses por España.

«Las mujeres de **Madrid** son agradables, poseen gracia y distinción pero he visto pocas mujeres muy bonitas, esos tipos españoles que los novelistas pintan... Hay en las maneras, en la conversación, una especie de abandono y de campechanía que al principio me asombró infinitamente; pero, por una inexplicable rareza, la familiaridad de los hombres ante las mujeres no excluye jamás el respeto y las consideraciones que les son debidas, ni incluso una galantería, siempre de buen gusto, siempre solícita. En general, la conversación entre hombres y mujeres no es jamás seria, no se desarrolla más que sobre futilidades o sentimientos; se relaciona con que no se da a estas últimas más que escasa instrucción; sin embargo, el bello sexo posee tal atractivo para estos señores que su compañía es buscada a pesar de todo», [Josephine de BRINCKMANN](#), quien, en sus *Paseos por España*, ordenó las cartas que envió a su hermano durante su viaje en 1849.

En **Mallorca** «pude ver a treinta o cuarenta mujeres de calidad, a cual más hermosa y, lo que resulta algo maravilloso, es que en toda la isla no hay mujeres feas o, al menos, son algo rarísimo. Casi todas son bellezas muy delicadas, con una tez de lirio y rosas», [Charles DAVILLIER](#), hombre de gran fortuna, historiador del arte y gran coleccionista, en 1862; visitó a España en veintitrés ocasiones.

«Caminando hacia el centro de la ciudad, vi a las primeras mujeres **andaluzas**, damas, doncellas y mujeres del pueblo: casi todas ellas pequeñas, sutiles y bien hechas; algunas, hermosas; muchas, simpáticas y la mayor parte, ni carne ni pescado, como en todos los países... La **valenciana** es más alta, más entrada en carnes, menos morena; tiene rasgos más regulares, ojos suaves y andares y actitudes más matronales. No es, como la andaluza, una pimienta que hace sentir la necesidad de morderse los dedos para apaciguar la súbita y desordenada insurrección de deseos caprichosos que se os despiertan a su vista: es una mujer a quien se contempla con un sentimiento de admiración más tranquila, y mientras se la contempla, como dice La Harpe del *Apolo de Belvedere*: “Nuestra cabeza se eleva, nuestra postura se ennoblece”», [Edmundo DE AMICIS](#), periodista italiano y autor del clásico de literatura infantil *De los Apeninos a los Andes*, en su viaje a España en 1872.



La mujer **gallega**, «en cuanto a gentileza, no poseen la gracia de las **andaluzas**, ni el gesto altivo y dominante de las **catalanas**, ni la bondad simple de las **aragonesas**, ni la angélica suavidad de la hermosura **valenciana**. Para hacer gala de su encanto les basta la cara sonrosada y alegre, los ojos limpios y tiernos, la sonrisa franca y benévola, y abundantes y brillantes cabellos, que en grandes tirabuzones les caen sobre los hombros», [Inacio Francisco Da SILVEIRA DA MOTA](#), cualificado viajero portugués, finales s.XIX



El breve pie, la mantilla, el abanico... y otros objetos de culto.

«Llevan las faldas a ras de tierra, pero las pisan para impedir que se les puedan ver los pies, que es **la parte de su cuerpo que con más cuidado esconden**. He oído decir que la máxima muestra de ternura, que puede tener una dama con su caballero, después de todas las condescendencias imaginables, es mostrarle un pie, que es lo que aquí llaman el último favor. Hay que convenir que no hay nada más bonito en su especie. Ya os lo he dicho, sus pies son tan pequeños que los zapatos son como los de nuestras muñecas», Madame [D'AULNOY](#), noble francesa, popular escritora de cuentos de hadas, que viajó por España entre los convulsos años 1679 y 1681.

«Tuve que esperar a que me hiciesen la cena y, finalmente, poco antes de las tres de la mañana, pude descansar la cabeza sobre la almohada. Apenas comenzaba a dormirme, oí un confuso murmullo en la habitación vecina y, luego, una voz varonil que dijo claramente: **“¡Oh, qué piececito!”**. El que tenga entrañas humanas, que juzgue. Estaba la almohada un poco descosida; le saqué dos pedazos de lana, me los puse en los oídos y, recorriendo con el pensamiento las estaciones de mi viaje, me adormecí con el sueño de los desesperados», [Edmundo DE AMICIS](#), periodista italiano y autor del clásico de literatura infantil *De los Apeninos a los Andes*, en su viaje a España en 1872.

«A propósito, ahora ya te puedo hablar del **pie español**. Y bien, mi querido hermano, tengo una ilusión menos y un amor propio más; amo infinitamente más el pie francés. Aquí, las damas lo tienen pequeño, es verdad, es decir, lo tienen corto, pero es plano, redondo y sin gracia, y yo prefiero el pie un poco más largo pero arqueado y delgado, que nos ha dado el Creador», [Josephine de BRINCKMANN](#), quien, en sus *Paseos por España*, ordenó las cartas que envió a su hermano durante su viaje en 1849.

«Tienen el talle fino y airoso; el **pie muy pequeño** y, en días de fiesta, primorosamente calzado», [GEORGE SAND](#), la excéntrica novelista y mujer de acción, quien se trasladó una temporada a Mallorca a fines de 1838 con sus dos hijos y con el joven músico Chopin.

«Eres una hija de Andalucía, tan terca como todas ellas, con unos **pies que podrían caber en la mano**; pero que, de cualquier forma, son menos pies de cristiana que lindos zuecos redondos hechos para taconear y provocar en el baile[...] En un enorme edificio, medio militar medio religioso, visité, a lo largo de salas inmensas, a unas cinco mil mujeres, las famosas **cigarreras sevillanas** que, en medio de un inaudito fragor de cantos y de charlas, lían las hojas de tabaco en puros y cigarrillos... Cinco mil sevillanas, que en estos talleres permanentemente regados y saturados de un excitante polvillo de tabaco, se encuentran medio vestidas y muestran (sin más pudor que sus ojos incomparables, sus hermosos cabellos o sus morenas manitas) unos brazos redondos y unos senos dorados, toda la garganta, las pantorrillas y, por aquí y por allá, todas esas lindas joyas de nombres muy poco graciosos para que, citándolas, degrade yo este cuadro.», [Maurice BARRÈS](#), espíritu exquisito, insobornable individualista y uno de los grandes teóricos del nacionalismo francés, que visitó España en repetidas ocasiones a partir del año 1892.



«Imagínese a mil trescientas bellas jóvenes de entre dieciséis y veinticinco años, riendo, parlotando y en general, fumando como viejos granaderos y mascando como lobos de mar. En efecto, la administración, además de pagarles un sueldo de seis reales diarios, les deja consumir todo el tabaco que pueden mientras están allí... Una profesión así ejercida por mil trescientas jóvenes crea una especialidad dentro de la población. Las llaman las **cigarreras de Sevilla**, como se habla de las manolas de Madrid y de las grisettes de París», [Alexandre DUMAS](#), 1846.

«Con la **mantilla**, más fea tiene que ser una mujer que las tres virtudes teologales para no parecer bonita; desgraciadamente, eso es lo único que han conservado del traje nacional; lo demás es a la francesa», [Théophile GAUTIER](#), consagrado literato francés, quien en 1840 inicia un viaje de cinco meses por España.

«Con el manejo del **abanico** las españolas pueden expresar sus más insidiosos caprichos o sus más secretos deseos... El galanteo ibérico no requiere mayores esfuerzos», [Benjamín DISRAELI](#), joven abogado inglés de veintiséis años en 1830, futuro gran estadista del Imperio Británico; su estancia en Andalucía le había proporcionado, según sus propias palabras, «las horas más felices de su vida»

«A la mantilla se le opone en su debido sitio el **abanico**, que es la parte imprescindible del atuendo de la mujer española, en cuyo agradable manejo no hay quien le gane. Nadie entiende como ella este arte y este ejercicio. Es la ventana de su alma, el telégrafo de sus camaleónicos sentimientos, su contraseña para los iniciados, que éstos entienden, para bien o para mal, como el agitarse de la cola de un perro. Con su mudo abanico, la española puede expresar más que Paganini con su arco. Podría escribirse una guía para explicar la clave de señales», [Richard FORD](#), aristócrata inglés de sólida formación universitaria en Oxford, quien, entre 1830 y 1833 vivió con su familia en nuestro país. Es autor del magistral *Manual para viajeros por España*, que ofrece sistemática información de la mayor parte de sus regiones.

«Pero, en fin, por estrechos que sean los barrotes de esos **balcones** y por tupidos que sean los enrejados de esas celosías, por ellos tienen que poder pasar los rayos de luz, y por donde puede pasar un rayo de luz también pasa la mano de una andaluza... Aquí es el amante quien espera. Si el balcón es de planta baja, el amante no puede quejarse: sin esfuerzo alguno puede alcanzar, coger y besar la manita que le ofrecen; puede aproximar sus labios a los barrotes; puede sentir la respiración de los labios amados; puede incluso, por poco que la implorada ponga algo de buena voluntad, llegar a besar algo mejor que la respiración... Hay crónicas que relatan a este respecto cosas que no se pueden contar y que vendrían a probar que todas esas rejas y balcones pueden resultar muy molestos, ciertamente, pero totalmente inútiles...», [Alexandre DUMAS](#), 1846.





veintisiete**letras**

El autor

José María Solé

José María Solé (La Coruña, 1951) es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Se ha especializado en el estudio, tratamiento y divulgación de temas de Historia Contemporánea.

Desde 1976 es colaborador permanente de las revistas *Tiempo de Historia* e *Historia 16* y, a partir de 1985, redactor de esta última. En 1998 formó parte del núcleo fundador de las revistas *La Aventura de la Historia* y *Descubrir el Arte*, de las que actualmente es coordinador.

Es autor de *Los pícaros Borbones* (2003), *Los reyes infieles* (2005) y *Apodos de los reyes de España* (2007) y ha realizado la edición de los dos libros de memorias de Leandro Alfonso de Borbón: *El Bastardo Real* (2002) y *De Bastardo a Infante de España* (2004).